

instante, es de la verdad. Jesus no contesta á una respuesta que ya estaba satisfecha, y á una nueva interpelacion del juez desarrolla toda su sabiduría, y le manifiesta su naturaleza, sus atributos, su gloria, su dignidad de Juez de todos los hombres, y echándole en cara su pecado, condenando su cobardía como injuriosa á todas las leyes de justicia, y juzgando en medio de sus ignominias á los que le habian puesto en sus manos como á criminales y deicidas, y á él como á consentidor del crimen é incurso en la misma criminalidad. *Propterea qui me tradidit tibi majus peccatum habet.* Es decir, que la última razon que tuvo el acusado con su juez, fué manifestarle que Él era la Verdad eterna, que pesaba las acciones de los hombres y las calificaba de santas ó de perversas, segun la conformidad ó disconformidad que tuviesen con la ley eterna. Así tambien el resultado de estas entrevistas es la condenacion de Jesus. ¡Ay! Jesus sale al suplicio quedando el juez en la inteligencia de que era inocente, de que era la Verdad, de que era Juez de los hombres; por fin, de que era el Mesías esperado, el Rey de los judíos, y por consiguiente el Dios de cielos y tierra. Todo esto pudo comprender Pilatos al oír los últimos razonamientos de Jesus.

Hé aquí un resúmen de cuanto ocurriera en el proceso que la iniquidad levantó contra el inocente Jesus; fué pedida su sangre, y por todo crimen los enemigos no adujeran otro que la naturaleza del acusado; no conocen los fariseos á este Dios, y sin embargo lo crucifican porque se da á sí mismo este título: los acusadores no pueden echar en cara á Jesus ni la más leve falta en la ley, ni la más pequeña injusticia; el acusado responde al cargo que se le hace de llamarse Hijo de Dios, confirmando á los testigos y al juez en esta asercion con sus palabras y con sus obras; el magistrado tiene ciencia cierta de que el furor y la envidia farisáica son los enemigos terribles de

Jesus, sin que pueda encubrir la violencia de su pasion furibunda la máscara de religion con que aquéllos encubren sus proyectos criminales; y sin embargo, Jesus es condenado á morir. ¿Y por qué causa? Sólo porque es Dios, porque es preciso que su sangre divina sea derramada para la remision de los pecados del mundo.

Para apreciar el modo cómo la Sabiduría divina realiza sus proyectos, es necesario meditar largamente sus obras. La Pasion de Jesucristo estaba decretada por la Sabiduría eterna; para ejecutarla era preciso que hiciesen su papel los medios humanos. ¿Cuáles eran estos medios? ¡Miserable abismo de la infalible presciencia divina y del libre albedrío humano! Dios no podia predestinar á ningun hombre á que fuese el verdugo de su Hijo, porque era predestinarlo al pecado, lo que no puede caber en Dios. ¿Faltarían por esto verdugos que derramasen aquella sangre preciosa? No; porque habria hombres que se prestarían á ello de toda su voluntad, que pondrían todos los medios para conseguirlo, y que se regocijarían en su obra de tinieblas; estos hombres son los escribas y fariseos. En la pasion de Jesucristo queda uno atónito al ver toda una ciudad amotinada, todo un pueblo alzado, pidiendo la sangre de un hombre; sin embargo, es necesario pensar algo en ese pueblo. ¿No es el mismo que ha seguido á Jesus hasta el desierto, sin acordarse ni aún de comer, por vivir extático de las palabras de Jesus? El mismo. ¿No es el mismo que ha presentado á Jesus sus paralíticos, sus cojos y mancos, sus leprosos, endemoniados, y todos han sido curados, librados y limpiados? El mismo. ¿No es el mismo que pocos dias ántes ha llamado á Jesus Hijo de David, Rey de Israel? El mismo. ¿Pues cómo ese pueblo pide la muerte de Jesus? Aquí hay un misterio, porque la razon humana se avergüenza al ver un acontecimiento contrario á cuantas nociones tiene de la justicia y del agradecimiento.

Pero detengámonos y examinemos qué cosa es ese pueblo, quién lo maneja, quién tiene influencia sobre él, y descubriremos los medios humanos de la Pasión de Jesús, y podremos señalar con el dedo á los hombres que por su propia malicia se han hecho los ejecutores de los consejos de Dios, poniendo sus manos sacrílegas en su Hijo, y tiñéndolas en su inocentísima sangre. Los escribas y fariseos era un cuerpo numeroso, que tenía en su mano todas las riquezas y los destinos del pueblo de la Palestina; hombres hipócritas que simulaban virtud, y ocultaban bajo esta falsa apariencia los vicios más abominables. Cuando Jesús es presentado al presidente romano, gran parte de estos hombres se encuentra ante las gradas del pretorio pidiendo la muerte de Jesús; el presidente se niega, protestando que no halla causa criminal; á medida que avanza el tiempo, se acrecienta el motin; es Jesús castigado con azotes, y al mostrarlo el presidente al pueblo para excitar compasión, cien mil voces, como si no fuera más que una, gritan á la vez: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» Lo pone en parangon con un asesino y ladrón, persuadido que no han de querer la vida de un homicida, y un grito espantoso condena á Jesús á morir, y salvan la vida de Barrabás; por fin, se quiere excusar de la responsabilidad de aquella sangre, y todo el pueblo en masa la pide para sí y para sus hijos.

¡Qué horror! ¿Quién habla aquí? ¿Quién exclama? ¿Quién grita? El pueblo, ese instrumento ciego de todas las revoluciones, destinado á sacrificar su vida para que gocen de sus consecuencias otros que lo manejan en pró de sí mismos; pero ¿no veis quién se ha introducido entre las masas? ¿No veis á los escribas y fariseos diseminados por todas partes? ¿No los veis recorriendo las plazas y calles, aconsejando á la muchedumbre, para que diga que muera Jesús? ¿No los oís gritar que, áun dado caso que Jesús sea Rey, ellos no lo quieren, porque ya

no tienen Rey, sino César? Hé aquí lo que nos dicen los Evangelistas; por consiguiente, en la muerte de Jesús no mireis otro sayón, ni otro acusador, ni otro verdugo, ni otro juez, ni otro enemigo que al escriba y fariseo; si Jesús es prendido, lo prende el fariseo; si es abofeteado, lo abofetea el fariseo; si es azotado, escupido, coronado de espinas, echad la culpa al fariseo; si sale con la cruz á cuestas, si muere en ella, nadie sino el fariseo lo ha clavado, nadie sino él lo ha hecho morir; hay un discípulo infame, aleve, traidor, deícida, el fariseo lo ha comprado, el fariseo lo ha ganado con dádivas; hay un pueblo amotinado que clama y pide la sangre de Jesús; el fariseo lo ha puesto en revolucion, lo ha aconsejado, lo ha inducido á la maldad.

Sí; el fariseo es el enemigo encarnizado de Jesús; ¿y sabéis por qué? Porque Jesús, que es la verdad por esencia, no ha podido transigir con la hipocresía y el dolo; Jesús ha descubierto todos los crímenes, ha quitado la mascarilla á esos hombres que aparentan celo de la ley y no la observan, que ponen sobre los demás cargas insoportables que se guardan ni áun de tocar ellos con un dedo; Jesús ha visto mil veces los pensamientos de esos hombres, demostrándoles con ello, si quisieran conocerlo, que era el Dios prometido á las naciones; se lo ha echado en cara, los ha reprendido públicamente por sus abominables abusos, y esto ha bastado para encender en aquellos corazones un fuego de furor insaciable contra Jesús. ¡Qué! La condenación de Jesús, ¿es acaso el resultado de las acusaciones de sus enemigos? Antes de aprehenderlo, ¿no lo han querido matar con alevosía, como nos lo aseguran los cuatro Evangelistas? ¿No le han tendido mil lazos para sorprenderle? ¿Y en sus conciliábulos no habían decretado su muerte? De resultas de la resurrección de Lázaro, ¿no se reunieron los fariseos para determinar lo que harían con Jesús, porque todo el mun-

do iba á creer en Él, y contestó el sumo pontífice que era preciso que muriese? Es decir que Jesus muere sin crimen alguno, ni político, ni religioso, ni civil; su muerte y Pasion es una maquinacion infernal que han fraguado sus émulos para destruirlo, y para hacer en ella una prueba de la veracidad ó mentira de cuanto les ha predicado Jesus.

En efecto; observad la conducta de los escribas y fariseos despues que han logrado crucificar á Jesus. ¡Ah! ¿Veis á un leon de la Libia refugiado en su caverna, á donde ha logrado esconderse con su presa, y librarse de los cazadores que lo persiguen? ¿Veis con qué satisfaccion abre sus negras fauces, con qué gusto gira en rededor de sus dientes y lábios aquella lengua ensangrentada, dando al fin un rugido de placer, que hace temblar á la víctima que aún palpita entre sus horrendas garras? Pues no de otro modo se hallan al pié de la Cruz los enemigos de Jesus; se glorían en su hazaña, y más inhumanos que el mismo tigre, miran y remiran la presa, se complacen en verla ya en sus manos, y ya que no pueden ejercer en la víctima otras atrocidades, la insultan en los momentos mismos en que la naturaleza insensible ha empezado á llorar, á espantarse, á cubrirse de luto. Oid lo que dicen al Crucificado: «¡Hola! Tú el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo; si eres Hijo de Dios, descende de la cruz.» Siguen los insultos: «Á otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse; si es rey de Israel, baje ahora de la cruz, y creeremos en Él; Él pone su confianza en Dios; pues si Dios lo ama tanto, libreló ahora, ya que Él mismo decia: «Yo soy el Hijo de Dios.» El tiempo se va con rapidez; tres horas lleva ya Jesus en la cruz; está ya para espirar, y el fariseo aún está haciendo prueba sobre la divinidad del que se halla exhalando el último espíritu; se queja Éste amorosamente á su Padre, y miétras unos se burlan de

Él poniendo junto á sus lábios una esponja con vinagre, otros lo denuestan, diciendo: «Dejad, y veamos si viene Elías á salvarlo.» Aún no han acabado los impíos de proferir este último insulto, cuando Jesus ha dado al Padre su espíritu.

Discurrid ahora, amados míos; cuando el corazon maligno ha conseguido vengarse de un enemigo, no puede contenerse; allá en su propio santuario resuenan las voces de júbilo y de satisfaccion, no teniendo entónces más que dos ideas; la causa de la venganza, y la venganza misma satisfecha y cumplida; así los fariseos, llenos ya los deseos de su corazon, se desahogan, propalando el contento que tienen en ver crucificado á su mayor contrario, y publicando espontáneamente el motivo por qué le quitan la vida; y vedlo, señores: ningun otro tienen más que el haber dicho Jesus que su Padre es Dios: *Dixit enim, quia filius Dei sum.* Desde que Jesus está crucificado, se han olvidado todos los pretextos que se inventaron para pedir su muerte; ya no se dice que sea un perturbador, ni un rebelde, ni un violador del sábado, y sólo se le echa en cara que ha sido benéfico, que ha salvado á muchos, que ha hecho portentos, que tiene confianza en Dios, que es Hijo de Dios, y que Dios es su Padre: *Dixit enim, quia filius Dei sum.* ¡Fariseos! ¿No teneis otra cosa que echar en cara á Jesus? ¿Nada os sugiere de nuevo vuestra malignidad? Pues sabed que habeis crucificado á Dios, sin más motivo que por ser Dios; á la Verdad, sin otra causa que el ser enemigo de vuestros dolos é hipocresías; al ungido, tan sólo porque os decia que oyéseis su voz divina: *Dixit enim, quia Filius Dei sum.*

Cesen ya de hablar los enemigos, y demos lugar al triunfador, para que Él mismo nos diga la causa por qué muere; viéralo allá en raptó mental el gran Isaías; viéralo venir cubierto todo de sangre, y no pudo ménos de

preguntar con admiracion: «¿Quién es ese que viene de Edon y de Bosra con las vestiduras teñidas? ¿Ese tan gallardo en su vestir y en cuyo majestuoso andar se descubre su mucha fortaleza?—Yo soy, le responde, el que predicó la justicia, y soy el protector que da la salud á los hombres.—¿Pues por qué está rojo tu vestido, y está tu ropa como la de los que pisan las uvas en el lagar?—El lagar lo he pisado yo solo, sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo. Pisé á los enemigos en mi furor, y los rehollé en mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manché toda mi ropa. Porque hé aquí el dia fijado en mi corazon para tomar venganza; es llegado el tiempo de redimir á los míos.» Estas palabras no necesitan de comentarios. El mismo Redentor nos dice el motivo por qué se halla empapado en sangre; ha tenido que apagar con ella el lagar de la ira de Dios; ha debido conculcar á sus enemigos; ha debido redimir á los suyos; ha debido derramarla para obtener remision al mundo criminal, que se perdia, no existiendo este precio: *Et sine sanguinis effusione*, etc.

¿Reconoceis, pues, católicos, esa sangre que corre en el pretorio, y tiñe la columna, el pavimento, los látigos y los sayones? ¿No advertís alguna señal de divinidad en esa sangre que enrojece las espinas, las sogas, los martillos y los clavos, y que como un rio sale del cuerpo descoyuntado de Jesus? ¡Ah! Es la sangre de un Dios; ni una sola gota ha sido derramada sin que estuviese unida á la persona divina. La ha derramado toda por nuestro rescate; ¿qué digo? somos nosotros los que con nuestros pecados se la hemos hecho verter en medio de los mayores tormentos. Al reconocerlo, no nos mostremos insensibles; pidamos al cielo el corazon amoroso de los serafines, y la lengua de los ángeles para corresponder á un amor tan acendrado, y para entonar sin cesar himnos de alabanza y de bendicion al Cordero sin man-

cilla, cuya sangre nos lavó de nuestros pecados, y nos hizo hijos de Dios y herederos de su reino.

¡Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo! Haced que al ménos una gota de esa sangre caiga sobre nosotros, y nos purifique; sea éste el signo que retire de nosotros el ángel exterminador, y nos libre de las asechanzas del enemigo; sea un sello que nos caracterice para que nos reconozcas en la muerte por hijos tuyos, introduciéndonos por tus méritos en la pátria de los escogidos, que deseo á todos. Amen.